Más allá de las montañas

Abraham Cordero

No es rara la ocasión en que me preguntan por mi acento, por el lugar de donde vengo, por esa inflexión extraña que, según dicen, se me queda pegada a ciertas palabras como el barro a las botas de un caminante. Durante años respondí con esa mezcla de fastidio y complacencia que uno reserva para las pequeñas vanidades de origen. Hablaba entonces de mi aldea perdida al norte, más allá de las montañas; de sus pastos húmedos, de sus casas rojizas, de los viejos que parecían haber nacido ya inclinados sobre un vaso de vino, de las noches frías incluso en verano, de los caminos de tierra que subían hasta lugares a los que sólo las cabras y los locos parecían tener verdadero derecho.

Más de uno disfrutaba con aquellos chismorreos. Había quien me pedía nombres, anécdotas, rarezas de aldeanos, supersticiones locales. Yo se las daba. Hablaba de todo aquello como quien reparte estampas pintorescas de una pobreza ya domesticada por la distancia. Reíamos. Tomábamos café. Algún insidioso me preguntaba si allí todavía creíamos en meigas, santos o aparecidos, y yo respondía con cualquier ocurrencia sobre los paletos de la zona, fingiendo que la burla no me alcanzaba.

Hace cerca de un año dejé de hacerlo.

Desde entonces, cuando alguien menciona mi tierra, cambio de tema. Si insiste, me levanto. Si se burla, callo. No sé ni quiero saber nada de aquel lugar desde la última vez que estuve allí. Y, sin embargo, esta noche escribo. Escribo porque desde hace unas horas mi cuerpo recuerda algo que mi entendimiento llevaba meses empeñado en negar, y porque hay memorias que no despiertan en la mente, sino bajo la piel.

Llegué a la aldea la noche del 26 de julio de 2016.

El autobús me dejó, como siempre, junto a la carretera estrecha que bordea el primer prado y muere, unos metros más allá, en un camino de piedra. La luna estaba alta, aunque su luz parecía enferma, amortiguada por una neblina fina que descendía desde las montañas. Recuerdo el olor húmedo de la hierba y esa quietud particular de los pueblos casi abandonados, una quietud que al principio se confunde con la paz, pero que, escuchada durante demasiado tiempo, acaba revelándose como espera.

Mi casa era un pequeño trozo de piedra rojiza de dos pisos, feo por fuera y acogedor en cierta medida una vez se cruzaba la puerta. Nunca había sido del todo mía. Uno no posee las casas en las que ha crecido; son ellas las que lo conservan a uno en alguna de sus habitaciones, doblado como una sábana vieja, aunque haya pasado media vida tratando de huir.

Al llegar, encendí la chimenea, calenté la comida que había preparado la tarde anterior y dormí un par de horas en el sofá del salón. Era mi rito habitual. No subía nunca a las habitaciones del piso de arriba: eran frías, estrechas y conservaban un olor a madera vieja que, desde niño, me producía una inquietud inexplicable. Prefería el salón, el crepitar del fuego, la manta áspera y la posibilidad de salir a caminar cuando la noche se cerraba del todo.

Acudía a aquella aldea para librarme de los demonios de la gran ciudad. Ahora sé que los demonios de la ciudad son criaturas demasiado humanas. Cobran alquileres, responden correos, tosen en el metro, aman mal, trabajan mucho y mueren con discreción.

Salí cuando la noche ya había espesado. Apenas había recorrido unos pasos cuando vi encendidas las luces de la casa de la vieja Concepción.

Me detuve.

La vieja Concepción había cuidado de mí cuando mis padres necesitaban un momento de intimidad o de descanso. Era una mujer robusta, con un bigote poblado y un modo de respirar que parecía una reprimenda. Vestía siempre trajes anchos con lunares de colores, y olía a leche hervida, naftalina y aguardiente. Me daba caramelos blandos que guardaba en un tarro de cristal y me contaba historias de los seres de arriba, aunque nunca aclaró si se refería a los santos, a los muertos o a algo que habitaba las cumbres.

La vieja Concepción llevaba casi veinte años muerta.

No tuvo hijos ni familia a la que legar su propiedad. La casa había perdido su antiguo lustre hasta quedar gobernada por la maleza. Parte del piso superior se había desprendido años atrás durante una tormenta, y desde entonces el edificio parecía mirar al camino con media cara arrancada.

Y, sin embargo, aquella noche había luz en sus ventanas.

Pensé, sin demasiada convicción, que algún urbanita habría comprado la propiedad. Uno de esos nuevos conversos al campo que llegan con botas impecables, dos libros sobre autosuficiencia y la secreta esperanza de volver a la ciudad como héroes tras haber cagado entre matorrales y ordeñado un par de vacas para algún paleto de la zona. La explicación me hizo sonreír, y aquella sonrisa me permitió seguir andando.

Hoy me pregunto si no fue ése el primer signo de mi condena: haber sonreído.

Continué mi paseo entre los pastos. El aire olía a hierba húmeda, humo lejano y piedra enfriada. Las casas, separadas unas de otras por extensiones irregulares de tierra, permanecían oscuras. La aldea se estaba muriendo desde hacía tiempo. Cada año encontraba una ventana menos encendida, una puerta más vencida, un huerto abandonado, una silla vacía frente a una fachada. Pero aquella noche advertí algo distinto, aunque entonces no supe nombrarlo. Era orden.

Regresé a casa, añadí dos troncos a la chimenea y volví a dormirme.

Desperté empapado de sudor. La camiseta se me pegaba al pecho y el aire del salón era denso, sofocante. Esto, en apariencia, no tenía nada de extraño. En mi tierra los cambios de temperatura eran violentos: noches de invierno en pleno julio, mañanas de horno, tardes de niebla. Siempre había encontrado en ello parte de su encanto. Aquella mañana, sin embargo, el calor no parecía venir del sol. Era un calor interior, maduro, como el de una fruta demasiado tiempo cerrada.

Salí hacia el bar del pueblo, si podía llamarse así a aquel pequeño antro pegado a la casa de Antonio López, conocido por todos como “el cura”. Antonio era el único muchacho de mi edad que se había quedado a vivir allí. De niño había sido mi compañero de pillerías; de adulto se había convertido en un borracho de aúpa, una especie de predicador sin iglesia cuya misión consistía en anunciar, entre vaso y vaso, la nueva venida de Jesucristo y de sus pequeños amigos, los seres de arriba.

Como la aldea no tenía párroco, Antonio había asumido la difícil tarea de vivir ebrio todos los días para entretenimiento de los demás.

Frente al bar solían levantarse varios puestecitos que hacían las veces de mercado y lugar de reunión de los vecinos. Al llegar, los encontré destrozados, como si la vegetación los hubiese

reclamado de alguna forma extraña. Las maderas estaban hundidas, cubiertas de musgo; los hierros se retorcían entre raíces gruesas; sobre una tabla caída crecían pequeñas flores blanquecinas que no recordaba haber visto jamás en la zona.

Me acerqué a la casa de Antonio y llamé.

Nadie respondió.

Busqué la llave bajo la piedra junto a la puerta. Allí seguía, como siempre. Los viejos del pueblo la usaban a menudo para meterlo en casa cuando no podía sostenerse en pie. Abrí.

El olor me golpeó en la cara.

Podredumbre y amoníaco. Carne vieja, humedad agria, el hedor propio de un establo cerrado durante años. Me cubrí la nariz con la camiseta y entré. El contraste de temperatura fue inmediato: afuera hacía un calor de mil demonios; dentro parecía no haber existido jamás llama capaz de calentar la estancia.

El interior estaba limpio.

Aquello fue peor que cualquier desorden. La mesa, las sillas, el aparador, la alacena: todo estaba dispuesto con una pulcritud impropia de Antonio. No había botellas vacías, ni colillas, ni platos con restos, ni ropa tirada, ni esa mugre triste que había sido durante años la verdadera decoración de la casa. Los muebles, además, no eran suyos.

Reconocí la mesa de don Miguel, el viejo maestro que nos había enseñado a leer a varios zagales de la aldea. Reconocí también una silla de la casa de Mariano y Socorro, con una pata que había sido remendada por el propio Mariano después de una caída. El aparador había pertenecido a la vieja Concepción. Había allí fragmentos de casas ajenas, reunidos con una armonía siniestra, como si alguien hubiera compuesto una habitación con restos de vidas desaparecidas.

Entonces sentí que las paredes me miraban.

No sabría explicarlo. Sentí las paredes observándome con una atención lenta, física, casi respiratoria. Alcé la voz para gritar el nombre de Antonio, pero sólo salió de mi garganta un quejido débil, ridículo.

Salí de allí dando traspiés. Al cerrar la puerta, una astilla se me clavó en la muñeca. La herida pareció insignificante, apenas una incisión. Una hilera de sangre me recorrió el brazo. Me limpié con un trozo de papel de cocina que llevaba en el bolsillo desde la cena del día anterior y maldije mientras me dirigía a casa.

No me di cuenta de que ya era de noche.

No entiendo cómo pudo ocurrir. Cuando entré en casa de Antonio era por la mañana; al salir, el cielo estaba cerrado. Quizá no quise percatarme. Quizá mi entendimiento, por puro instinto de supervivencia, decidió no mirar de frente una anomalía que lo habría quebrado antes de tiempo.

Al llegar a mi casa vi las luces encendidas.

Un calor extraño y reconfortante me atravesó el cuerpo. La chimenea ardía. En el sofá, con una sonrisa amplia y la piel de un color que las sombras volvían difícil de precisar, estaba Antonio López.

—Hombre —dijo—. Ya era hora.

No recuerdo haberme sorprendido. Esto me avergüenza más que cualquier otra cosa. Lo normal habría sido gritar, retroceder, preguntarle cómo había llegado allí, por qué su casa olía a cadáver, qué hacía en mi salón con aquel tono morado insinuándose bajo la piel. Pero no hice nada de eso. Me senté frente a él como si nos hubiéramos citado.

Antonio me abrazó. Olía a tierra mojada y a algo dulce, casi floral. Me preguntó por mi vida, por la ciudad, por el bufete. Dijo perogrulladas sobre el trabajo, las mujeres, el precio del vino y la idiotez de los políticos. Yo comencé a sentirme cada vez más cómodo. El miedo de la mañana se deshizo con una facilidad humillante. Reímos recordando cosas del pasado: una cabra robada, una pelea junto al arroyo, el día en que rompimos una ventana de don Miguel y culpamos a un primo de Mariano.

El mundo recuperó durante unos minutos la apariencia de lo conocido.

Entonces Antonio señaló mi muñeca.

—Te has hecho daño.

Miré. El corte era más profundo de lo que creía. La sangre había oscurecido el papel y descendía por la mano en finos hilos casi negros.

—Déjame verlo —dijo.

Se levantó y desapareció hacia la cocina. Regresó con un pequeño botiquín blanco. Mientras me limpiaba la herida, sus dedos se movían con una delicadeza que no le conocía. Estaban fríos. Demasiado fríos. Al inclinarse sobre mi brazo vi, bajo la línea del cuello, una red de venas oscuras que palpitaban con lentitud, como raíces bajo una piel demasiado fina.

—Ya está —murmuró al vendarme—. Así no se pierde.

—¿Qué cosa?

Antonio sonrió.

El calor desapareció.

Me di cuenta entonces de que no estábamos solos.

En la ventana frente a mí estaban Mariano y Socorro. Asomados. Quietos. Sus rostros parecían lavados por una luz cenicienta. Los ojos, muy abiertos, no miraban exactamente hacia dentro de la casa; estaban fijos en un punto que quedaba detrás de mí o dentro de mí, no sabría decirlo. Señalé con el dedo, incapaz de articular palabra.

—Les he avisado —dijo Antonio—. Estaban preocupados.

Su voz había cambiado. Ya no quedaba en ella rastro de aquel tono burlón con que nos entretenía de niños. Era una voz fría, lisa, casi mineral.

Giré la cabeza hacia la otra ventana.

La vieja Concepción estaba allí.

Vestía su traje ancho de lunares de colores. El bigote poblado, la boca cerrada, las manos cruzadas sobre el vientre. Se hallaba de pie a apenas unos metros de la casa, frente al lado oeste, con una quietud que no pertenecía a los vivos. Sus ojos compartían la misma expresión que los de Mariano y Socorro: una paciencia remota, anterior a cualquier emoción humana.

Me levanté de golpe y tiré al suelo la lámpara junto al sofá. El cristal se rompió. Antonio también se puso en pie. Su sonrisa se ensanchó hasta volverse casi dolorosa.

—Ya lo saben —dijo.

—¿Quiénes?

Antonio inclinó la cabeza, como si escuchara algo muy lejano.

—Los de arriba.

No quise oír más. Eché a correr. Al salir de la casa, el frío me cortó la cara. Vi entonces que de las viviendas cercanas y lejanas comenzaban a salir figuras. Algunas caminaban con lentitud; otras permanecían inmóviles en los caminos, orientadas hacia mí. Reconocí a vecinos muertos, vecinos vivos, vecinos que hacía años se habían marchado a la ciudad. Todos avanzaban desde la oscuridad con una serenidad de procesión.

Antonio gritó a mi espalda:

—Te esperaremos.

Corrí.

Corrí hasta que los pulmones parecieron llenarse de hielo. Tropecé varias veces, me levanté, vomité junto a una valla, seguí corriendo. No miré atrás. La carretera se extendía como una cinta pálida entre los montes. El frío era tan brutal que aún hoy ignoro cómo no morí de hipotermia. Tardé cuatro o cinco horas en llegar al pueblo más cercano, a unos veinte kilómetros, aunque el tiempo de aquella noche no pertenece a ninguna medida fiable.

Tomé el primer autobús de la mañana hacia la ciudad.

Dejé atrás el equipaje, la casa, la chimenea, los libros que había llevado para leer, la ropa, las llaves. Dejé atrás todo aquello que había creído mío. Durante semanas no salí de mi habitación. Pedía comida por internet y la recogía sin abrir del todo la puerta. Dormía mal. Me despertaba oyendo pasos en el pasillo, zumbidos dentro de las paredes, voces que decían mi nombre con el acento de la aldea.

No conté nada.

¿Qué habría dicho? ¿Que los muertos de mi pueblo me esperaban? ¿Que Antonio, el cura borracho, había vendado mi muñeca con la frialdad de un sacerdote de una liturgia subterránea? ¿Que la vieja Concepción se había levantado de una muerte de veinte años para mirar mi ventana con su vestido de lunares?

Volví al trabajo antes de terminar mis vacaciones. Fingí normalidad. La ciudad, con su fealdad administrativa, me pareció al principio un refugio. Sus ruidos eran humanos. Sus luces no venían de casas abandonadas. Sus muertos, al menos, permanecían en sus nichos.

Ha pasado casi un año.

Anoche me desperté con un dolor agudo en la muñeca. Las sábanas estaban empapadas de sudor y manchadas por un líquido morado, espeso, que salía de la antigua herida. Fui al baño a toda prisa. La cicatriz, que durante meses apenas había sido una línea pálida, se había hinchado hasta formar una pequeña protuberancia brillante.

La abrí.

No sé por qué lo hice. Tal vez porque ya no era enteramente yo quien movía la mano. Tal vez porque una parte de mí, más vieja que mi miedo, deseaba comprobar aquello que llevaba meses creciendo en silencio.

La piel cedió.

De la incisión emergieron diminutas bolitas blancas, cientos, quizá miles, apretujadas bajo una membrana morada. Palpitaban. Todas a la vez. Asomándose. Parecían huevas, pero ningún pez, ningún insecto, ninguna criatura conocida podría haber depositado aquello en un cuerpo humano. Despedían una luminiscencia tenue, enfermiza, como la luz de la casa de Concepción en aquella noche de julio.

Abrí otro corte en el antebrazo.

Lo mismo.

Otro en el pecho.

Lo mismo.

Allí estaban, bajo mi piel, ordenadas en racimos vivos, latiendo con una sincronía insoportable. El líquido morado se mezclaba con mi sudor y bajaba por mi torso en hilos viscosos. Mi piel, antes pálida, ha comenzado a adquirir un tono violáceo, el mismo que creí ver en el rostro de Antonio junto a la chimenea.

Ya no me engaño.

La aldea no se estaba muriendo. Estaba madurando tras un breve letargo.

Todo en ese maldito sitio formaba parte de una espera más larga que nuestras genealogías. Los seres de arriba no descendieron una noche entre truenos ni se aparecieron a los borrachos en forma de ángeles deformes. Llevaban allí desde antes de que nuestros abuelos levantaran las primeras piedras rojizas. Quizá bajo las montañas. Quizá en ellas. Quizá las montañas no sean montañas, sino cáscaras antiguas, costras inmensas bajo las cuales algo respira pacientemente.

Siento movimientos dentro de mí.

No son dolorosos. Eso es lo peor. Hay incluso cierta dulzura en su ritmo, una calma semejante a la que vi en los ojos de la vieja Concepción. Las huevas palpitantes parecen aguardar una orden, una estación, una llamada que yo aún no alcanzo a comprender. Cada incisión se abre como un pequeño portal a una noche que no está fuera, sino dentro de mi carne.

He intentado limpiar la sangre morada del lavabo, pero vuelve a aparecer. He cerrado la puerta con llave. He bajado las persianas. No servirá de nada. Desde hace una hora escucho pasos en la escalera.

Lentos.

Paciente.

Familiares.

Creo que alguien ha llamado tres veces.

No he respondido.

Acaban de llamar otra vez. Esta vez estoy seguro.

Esta vez han pronunciado mi nombre con la voz de Antonio. Después con la voz de la vieja Concepción. Después con la voz de mi madre, aunque mi madre nunca vivió en esta ciudad y lleva años enterrada lejos de aquí.

Las huevas palpitan con más fuerza.

Me cuesta escribir. La mano se me endurece. Bajo la piel, algo se desplaza hacia los dedos como si buscara salida, como si quisiera terminar por mí estas líneas.

Ahora lo entiendo.

No me perseguían.

Me dejaron marchar.

La puerta vuelve a sonar.

Y, desde el otro lado, una voz plural, dulce, remota, casi agradecida, repite aquello que Antonio me gritó mientras yo corría hacia la carretera:

Te esperaremos.